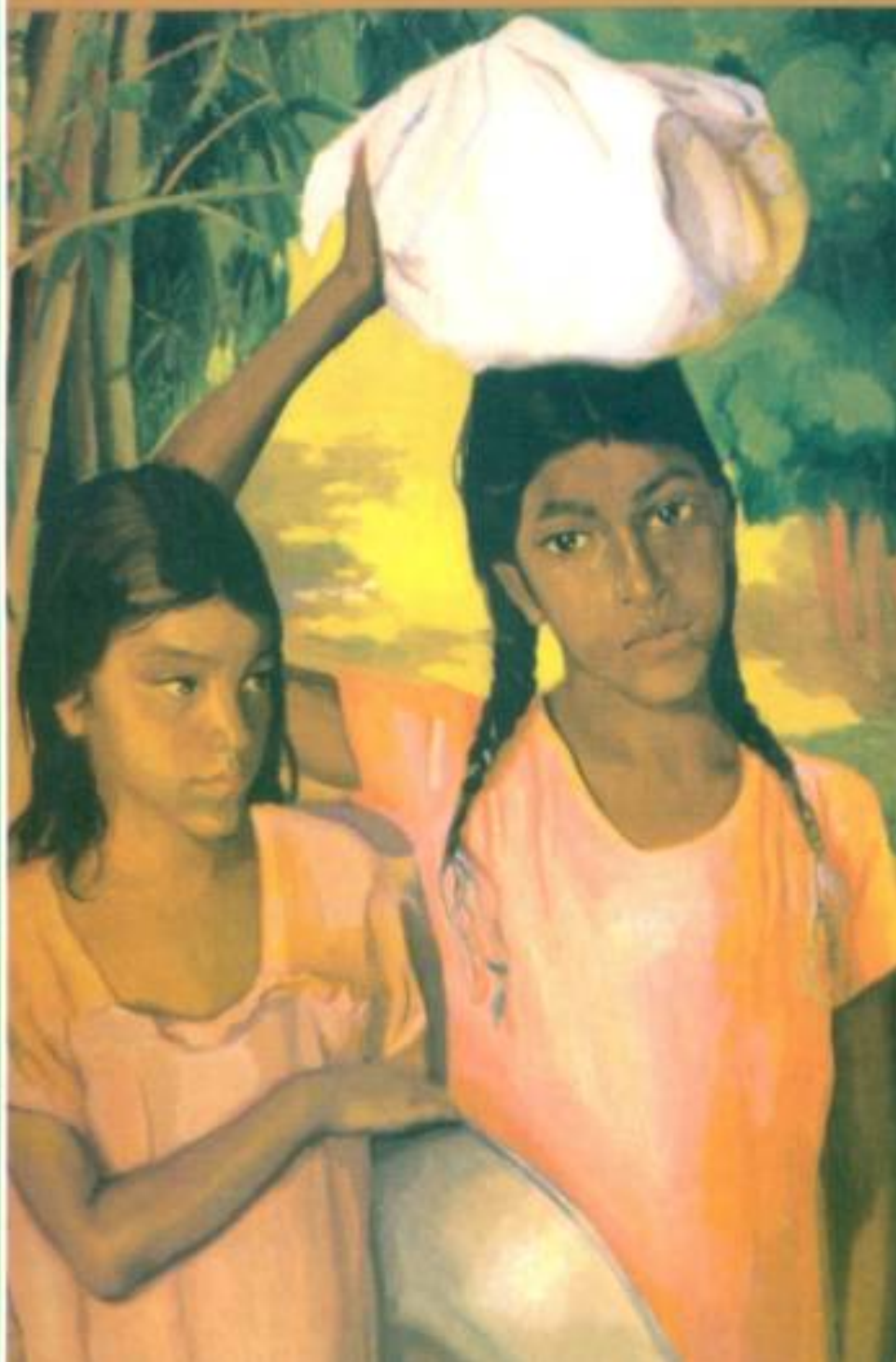


Alfredo Espino  
Jícaras tristes



BB

BIBLIOTECA BÁSICA DE  
LITERATURA SALADOREÑA

Alfredo Espino

# Jícaras Tristes



Título original: *Jícaras Tristes*

Alfredo Espino, 1936

Edic. digital: LMM

“El libro de Alfredo Espino se ha vuelto, con el tiempo, una especie de brevario sentimental y bucólico para los salvadoreños”.

DAVID ESCOBAR GALINDO

# NOTA EDITORIAL

Sin duda Alfredo Espino es el poeta que más ha sabido cautivar el corazón del pueblo con perennidad, en íntima comunión con sus amarguras y alegrías. Todas las anteriores ediciones de *Jícaras tristes* —desde la primera, hecha por la Universidad de El Salvador en 1936— han sido agotadas en poco tiempo.

Alfredo Espino nació en Ahuachapán el 8 de enero de 1900 y murió en San Salvador el 24 de mayo de 1928. Su sensibilidad capta el paisaje y el ambiente salvadoreño y lo devuelve con fuerza expresiva, sin olvidar la ternura que más bien está en el trasfondo de cada uno de sus poemas. La temática de Alfredo Espino está hecha de todas las cosas con que el hombre se encuentra en su trajín por la geografía salvadoreña: el pájaro, el volcán, el cañaveral, la tarde, el valle, el río, los bueyes o el rancho.

El poeta es aquí un espectador atento a los detalles que le rodean. Es también un ojo que los captura y estampa, que los vuelca emocionado, con frescura y sencillez, con fidelidad fecunda. Íntegra en sus versos todo lo que es nuestro. Hace que el hombre de la ciudad recupere el verdor extraviado entre los horarios y el asfalto. Al hombre del agro logra devolverle poéticamente su ambiente cotidiano, duro las más de las veces. De este forma, la delectación del salvadoreño es la tierra, su tierra joven y antigua, tibia y alambrada; la tierra de donde todos procedemos.

He aquí, pues, una nueva edición de *Jícaras tristes*, una obra juvenil escrita junto al latido del corazón del pueblo en poemas que pertenecen a nuevas y viejas generaciones. Poesía que no conoce tiempo...

# Casucas



# CANTEMOS LO NUESTRO

*¡Qué encanto el de la vida, si los natales vientos*

*en sus ligeras alas traen ecos perdidos*

*de músicas de arroyos y música de nidos,*

*como mansos preludios de blandos instrumentos!*

*¡Qué encanto el de la vida, si al amor del bohío,*

*y entre un intenso aroma de lirios y albahacas,*

*miramos los corrales donde mugen las vacas*

*y oímos las estrofas del murmurante río!...*

*El terruño es la fuente de las inspiraciones:*

*¡A qué buscar la dicha por suelos extranjeros,*

*si tenemos diciembres cuajados de luceros,*

*si tenemos octubres preñados de ilusiones!*

*No del Pagano Monte la musa inspiradora*

*desciende a las estancias de pálidos poetas:*

*en nuestra musa autóctona que habita en las glorietas*

*de púrpura y de nácar, donde muere la aurora.*

*Es nuestra indiana musa que, desde su cabaña,*

*desciende coronada de plumas de quetzales*

*a inspirarnos sencillos y tiernos madrigales,*

*olorosos a selva y a flores de montaña.*

*Vamos, pues, a soñar bajo tibios aleros*

*de naranjos en flor..., cabe los manantiales:*

*octubre nos regala sus rosas y vesperales;*

*diciembre las miríadas de todos sus luceros.*

# ASCENSIÓN

*¡Dos alas!... ¡Quién tuviera dos alas para el vuelo!...*

*Esta tarde, en la cumbre, casi las he tenido.*

*¡Desde aquí veo el mar, tan azul, tan dormido,*

*que si no hiera un mar, bien sería otro cielo!...*

*Cumbres, divinas cumbres, excelsos miradores...*

*¡Qué pequeños los hombres! No llegan los rumores*

*de allá abajo, del cieno; ni el grito horripilante*